



DÍAS DE RETRIBUCIÓN

Una exposición del libro de Apocalipsis

Título de la obra en inglés:

Days of Vengeance

Por David Chilton

Tomado de [Freebooks](#)

Parte Cuatro

9

SE DESATA EL INFIERNO

La quinta trompeta (9:1-12)

- 1 El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.
- 2 Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo.
- 3 Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra.
- 4 Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna. ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.
- 5 Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre.
- 6 Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.
- 7 El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas;
- 8 tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones;
- 9 tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla;
- 10 tenían colas como de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses.
- 11 Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego Apolión.
- 12 El primer ay pasó; he aquí vienen aún dos ayes después de esto.

1-6 Con el primer ay, las plagas se vuelven más intensas. Aunque esta maldición es similar a los grandes enjambres de langostas que vinieron sobre Egipto en la octava plaga (Éx. 10:12-15), estas "langostas" son diferentes: son *demonios* del abismo, del pozo del abismo, del cual se habla siete veces en Apocalipsis (9:1, 2, 11; 11:7; 17:8; 20:1, 3). La Septuaginta usa el término por primera vez en Génesis 1:2, hablando de la original faz del abismo sobre el cual se movía el Espíritu creativamente (y "derrotó" metafóricamente); comp. Juan 1:5). El abismo es el extremo más alejado del cielo (Gén. 49:25; Deut. 33:13) y de las altas montañas (Sal. 36:6). Se usa en las Escrituras como referencia a las partes más profundas del mar (Job. 28:14; 38:16; Sal. 33:7) y a los ríos subterráneos y fuentes de aguas (Deut. 8:7; Job. 38:16) de donde vinieron las aguas del diluvio (Gén. 7:11; 8:2; Prov. 3:20; 8:24), y que regaban el reino de Asiria (Eze. 31:4, 15). El cruce del Mar Rojo por el pueblo del pacto se asemeja repetidamente a cruzar el abismo (Sal. 77:16; 106:9; Isa. 44:27; 51:10; 63:13). El profeta Ezequiel amenazó a Tiro con una gran desolación de la tierra, en la cual Dios haría subir el abismo para que cubriera la ciudad con un nuevo diluvio, haciendo bajar a su pueblo al abismo en las partes más bajas de la tierra (Eze. 26:19-21), y Jonás habló del abismo en términos de la excomunión de la presencia de Dios, un destierro del templo (Jonás 2:2-6). El dominio del dragón (Job 41:31; Sal. 148:7; Apoc. 11:7; 17:8), la prisión de los demonios (Luc. 8:31; Apoc. 20:1-3; comp. 2 Ped. 2:4; Judas 6), y el reino de los muertos (Rom. 10:7) son todos llamados por el nombre de abismo. Juan advierte a sus lectores que el infierno está a punto de desatarse sobre la tierra de Israel; como con la antigua Tiro, el abismo está siendo traído a la superficie como con una draga para que cubra la tierra con sus espíritus inmundos. El Israel apóstata será lanzado fuera de la presencia de Dios, excomulgado del templo, y lleno de demonios. Uno de los mensajes centrales de Apocalipsis es el de que los tabernáculos de la Iglesia están en el cielo; el corolario de esto es que los tabernáculos de la falsa iglesia están en el infierno.

¿Por qué dura la plaga de langostas cinco meses? Esta figura es, primero que todo, una referencia al período de cinco meses, desde mayo hasta septiembre, cuando las langostas aparecen normalmente. (La característica desusada es que *estas* langostas *permanecen* durante todo el período, atormentando constantemente a la población). Segundo, esto puede referirse en parte a las acciones de Gesio Floro, el procurador de Judea, quien, durante cinco meses (comenzando en mayo del año 66 con la matanza de 3.600 pacíficos ciudadanos) aterrorizó a los judíos, tratando deliberadamente de incitarlos a que se rebelaran. Tuvo éxito: Josefo fecha el comienzo de la Guerra de los Judíos a partir de esta ocasión. ¹Tercero, el uso del término *cinco* está asociado en las Escrituras con poder, y específicamente con organización militar - la disposición de los milicianos israelitas en una brigada de cinco pelotones (Éx. 13:18; Núm. 32:17; Josué 1:14; 4:12, Judas 7:11; comp. 2 Reyes 1:9ss.) ² Por instrucciones de Dios, Israel habría de ser atacado por un ejército demoníaco que vendría desde el

abismo.

Durante el ministerio de Cristo, Satanás había caído a la tierra desde el cielo como una estrella (comp. 12:4, 9, 12); y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo. Lo que todo esto significa es exactamente lo que Jesús profetizó durante su ministerio terrenal: la tierra que había recibido los beneficios de su obra y luego le había rechazado, sería invadida por demonios del abismo. Debemos notar aquí que la llave *se le da* a Satanás, porque es Dios quien envía los demonios como azote sobre su pueblo rebelde.

Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar. La reina del sur se levantará en el juicio contra esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar.

Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. **Así también acontecerá a esta generación.** (Mat. 12:41-45).

Puesto que Israel había rechazado al Rey de reyes, las bendiciones que había recibido se convertirían en maldiciones. Jerusalén había sido "barrida" por el ministerio de Cristo; ahora se convertiría en "habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible" (18:2). La generación entera fue poseída más y más por demonios; su progresiva locura nacional es evidente al leer uno el Nuevo Testamento, y sus horripilantes etapas finales están descritas en las páginas de la obra de Josefo *Las Guerras Judías*: la pérdida de toda capacidad de razonar, las turbas frenéticas que se atacaban entre sí, las engañadas multitudes que seguían a los profetas más transparentemente falsos, la enloquecida y desesperada búsqueda de alimento, los asesinatos en masa, las ejecuciones, los suicidios, los padres que asesinaban a sus propias familias y las madres que devoraban a sus propios hijos. Satanás y las huestes infernales simplemente pululaban por la tierra de Israel y consumían a los apóstatas.

La vegetación de la tierra está específicamente exenta de la destrucción causada por las "langostas". Esta es una maldición contra *hombres* desobedientes. Sólo los cristianos son inmunes a los aguijones como de escorpión de los demonios (comp. Mar. 6:7; Luc. 10:17-19; Hech. 26:18); los israelitas no bautizados, que no tienen el sello de Dios en sus frentes (véase sobre 7:3-8), son atacados y atormentados por los poderes demoníacos. Y el propósito inmediato que Dios tiene al desatar esta maldición no es la muerte, sino sólo el tormento, la desgracia, y el sufrimiento, al pasar la nación de Israel por una serie de convulsiones demoníacas. Juan repite lo que nos ha dicho en 6:16, que en aquellos días los hombres buscarían la muerte y no la hallarían; y desearían morir y la muerte huiría de ellos. Jesús había profetizado específicamente este anhelo de muerte entre los miembros de la generación final, la generación de judíos que le crucificarían (Luc. 23:27-30). Como la sabiduría de Dios había dicho hacía tiempo: "El que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte" (Prov. 8:36).

7-12 La descripción de los demonios-langostas es muy similar a la de los ejércitos paganos invasores mencionados en los profetas (Jer. 51:27; Joel 1:6; 2:4-10; comp. Lev. 17:7 y 2 Crón. 11:15, donde la palabra hebrea para *demonio* es *peludo*). Este pasaje posiblemente se refiere también, en parte, a las bandas satánicas de fanáticos asesinos que hacían presa en los ciudadanos de Jerusalén. Como nos dice Josefo, la gente tenía más que temer de los fanáticos que de los romanos: "Con su insaciable hambre de botín, saqueaban las casas de los ricos, asesinaban a los hombres y violaban a las mujeres por diversión; bebían sus despojos con sangre, y de puro saciados se entregaban sin vergüenza a prácticas afeminadas, haciendo trenzas con su cabello y vistiendo ropas de mujer, empapándose de perfume y pintándose los párpados para hacerse más atractivos. Copiaban, no sólo los vestidos, sino también las pasiones de las mujeres, inventando, en su exceso de libertinaje, placeres ilegítimos en los cuales se revolcaban, como si estuviesen en un burdel. Así, contaminaron por entero la ciudad con sus asquerosas prácticas. Y, sin embargo, aunque llevaban rostros de mujeres, sus manos eran asesinas. Se acercaban con pasos remilgados, y luego, de repente, se convertían en combatientes y, desenvainando las espadas de debajo de sus teñidas capas, atravesaban con ellas a todos los transeúntes".³

Un punto particularmente interesante sobre la descripción del ejército de demonios es la declaración de Juan de que el sonido de sus alas era como el de carruajes, de muchos caballos que se apresuran a la batalla. Ese es el mismo sonido que hacen las alas de los ángeles en la Nube de Gloria (Eze. 1:24; 3:13; 2 Reyes 7:5-7); la diferencia aquí es que el ruido aquí lo hacen ángeles caídos.

Juan continúa, y ahora identifica al rey de los demonios, el ángel del abismo, y da su nombre tanto en hebreo (Abadón) como en griego (Apolión) - una de muchas indicaciones del carácter esencialmente hebraico del Apocalipsis.⁴ Las palabras significan *destrucción* y *destructor*; Abadón se usa en el Antiguo Testamento para describir el reino de los muertos, "el lugar de destrucción" (Job 26:6; 28:22; 31:12; Sal. 88:11; Prov. 15:11; 27:20). Juan, pues, presenta a Satanás como la mera personificación de la misma muerte (comp. 1 Cor. 10:10; Heb. 2:14). Claramente, el hecho de que la hueste entera de los destructores de Satanás fuera desatada sobre la nación judía significaba realmente el infierno en la tierra. Y, sin embargo, Juan nos dice que esta epidemia de demonios en la tierra es sólo el primer ay. Ni siquiera es el peor, porque dos ayes (es decir, la sexta y la séptima trompetas) todavía faltan por venir después de estas cosas.

La sexta trompeta (9:13-21)

13 El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, 14 diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates.

15 Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes, y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres.

16 Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número.

17 Así vi en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo y azufre.

18 Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca.

19 Pues el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban.

20 Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de sus obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar;

21 y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.

13 Nuevamente se nos recuerda que las desolaciones ejecutadas por Dios en la tierra son en nombre de su pueblo (Sal. 46), en respuesta a su culto oficial, del pacto: la orden al tercer ángel la emite una voz desde los cuatro cuernos del altar de oro (es decir, el altar del incienso) que está delante de Dios. Obviamente, este punto se menciona con el propósito de estimular al pueblo de Dios en adoración y en oración, asegurándoles que las acciones de Dios en la historia proceden de su altar, donde Él ha recibido las oraciones de ellos. Juan dice que la voz vino de los cuatro cuernos (protuberancias semejantes a cuernos en cada una de las esquinas del altar), refiriéndose a un aspecto importante de la liturgia del Antiguo Testamento: la ofrenda de purificación. Esta ofrenda se refería a la contaminación y la profanación de *un lugar* por medio del pecado. Si el lugar profanado por el pecado no es purificado, traerá como resultado la muerte. En su excelente estudio del sistema levítico, Gordon Wenham nos dice que "la ofrenda de purificación tenía que ver con la contaminación causada por el pecado. Si el pecado contaminaba la tierra, profanaba en particular la casa donde moraba Dios. La gravedad de la contaminación dependía de la gravedad del pecado, que a su vez estaba relacionada con la situación del pecador. Si un ciudadano privado pecaba, su acción contaminaba el santuario sólo hasta cierto punto limitado. Por lo tanto, la sangre de la ofrenda de purificación se rociaba sólo sobre los cuernos del altar del holocausto. Sin embargo, si la nación entera pecaba, o si el miembro más santo de la nación, el sumo sacerdote, pecaba, esto era más grave. La sangre tenía que ser llevada dentro del tabernáculo y rociada sobre el velo y el altar de incienso".⁵

Los pecados de la nación eran expiados ofreciendo un sacrificio sobre el altar del holocausto, y llevando luego la sangre y rociándola sobre los cuernos del altar de oro del incienso (Lev. 4:13-21). De este modo se purificaba el altar, de manera que el incienso pudiera ser ofrecido con la certeza de que Dios escucharía sus oraciones. Los lectores de Apocalipsis del siglo primero habrían reconocido la importancia de esto: la orden de Dios a sus ángeles, en respuesta a las oraciones de su pueblo, era pronunciada desde los cuernos del altar de oro. Los pecados de ellos han sido cubiertos, y no impiden el libre acceso a Dios.

Hay un punto adicional que debemos observar. Las oraciones de la Iglesia en el altar del incienso son oraciones imprecatorias contra la nación de Israel. El "Israel" que ha rechazado a Cristo está contaminado y profanado (comp. Lev. 18:24-30), y sus oraciones no serán oídas por Dios, pues ha rechazado la única expiación por el pecado. Por lo tanto, la inmunda tierra de Israel será juzgada en términos de las maldiciones de Levítico 26, un capítulo que repetidamente amenaza a la nación con un juicio séptuple si se contamina con el pecado (Lev. 26:18, 21, 24, 28; hemos visto que éste es el origen de los repetidos juicios séptuples en el libro de Apocalipsis). Pero la Iglesia de Jesucristo es el nuevo Israel, la nación santa, el verdadero pueblo de Dios, que posee "libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo" (Heb. 10:19). Nuevamente, Juan le asegura a la Iglesia del siglo primero que sus oraciones serán oídas y contestadas por Dios. Él se vengará de sus perseguidores, porque la tierra es bendecida y juzgada por las acciones litúrgicas y los decretos judiciales de la Iglesia.

La buena disposición de Dios para oír y contestar afirmativamente las oraciones de su pueblo se proclama continuamente a través de las Escrituras (Sal. 9:10; 10:17-18; 18:3; 34:15-17; 37:4-5; 50:14-15; 145:18-19). Dios nos ha dado numerosos ejemplos de oraciones imprecatorias, mostrándonos repetidamente que un aspecto de la actitud de un hombre piadoso es odio por los enemigos de Dios y la oración ferviente por su caída y su destrucción (Sal. 5:10; 10:15; 35:1-8, 22-26; 59:12-13; 68:1-4; 69:22-28; 83, 94; 109; 137:8-9; 139:19-24; 140:6-11). ¿Por qué, entonces, no vemos la derrota de los impíos en nuestra propia época? Una parte importante de la respuesta es la ninguna disposición de la Iglesia moderna a orar bíblicamente; y Dios nos ha asegurado: *No tenéis lo que deseáis, porque no pedís* (Santiago 4:2). Pero la Iglesia del siglo primero, orando fiel y fervientemente por la destrucción del Israel apóstata, había sido escuchada en el altar celestial de Dios. Sus ángeles fueron comisionados para que atacaran.

14-16 El sexto ángel está encargado de soltar los cuatro ángeles que habían sido atados en el gran río Eufrates; entonces traen a Israel un ejército que consiste de doscientos millones. El río Eufrates formaba la frontera entre Israel y las temibles fuerzas paganas que Dios usaba como azote contra su pueblo rebelde. "Era la frontera norte de Palestina [comp. Gén. 15:18; Deut. 11:24; Josué 1:4], a través de la cual los invasores asirios, babilonios, y persas habían venido a imponer su soberanía pagana sobre el pueblo de Dios. Por lo tanto, todas las advertencias bíblicas acerca de un enemigo del norte encuentran eco en la espeluznante visión de Juan" (comp. Jer. 6:1, 22; 10:22; 13:20; 25:9, 26; 46:20, 24; 47:2; Eze. 26:7; 38:6, 15; 39:2).⁶ Hay que recordar también que el *norte* (la ubicación original del Edén) era el área del trono de Dios (Isa. 14:13); y tanto la Nube de Gloria como los agentes de la venganza de Dios se ven viniendo del norte, es decir, desde el Eufrates (comp. Eze. 1:4; Isa. 14:31; Jer. 1:14-15). Así, este gran ejército del norte es el ejército de Dios, y está bajo su control y dirección, aunque es claramente demoníaco y pagano en su carácter (sobre las ataduras de los ángeles caídos, comp. 2 Ped. 2:4; Jud. 6). Dios es completamente soberano, y usa tanto los demonios como los paganos para llevar a cabo sus santos propósitos (1 Reyes 22:20-22; Job 1:12-21; por supuesto, él luego castiga a los paganos por los impíos motivos y metas que les llevaron a cumplir el decreto de Él: comp. Isa. 10:5-14). Los ángeles atados en el Eufrates habían sido preparados para la hora y el día y el mes y el año, siendo su papel en la historia completamente predestinado y seguro.

Juan oye el número de los jinetes: doscientos millones. Notamos en la Introducción a este volumen algunas de las más fantásticas interpretaciones de esta expresión (véase pp. 11-13). Sin embargo, si mantenemos nuestra imaginación uncida a la Escritura, observaremos que está tomada de Sal. 68:17, que dice: "Los carruajes de Dios son *veintenas de millares de millares*". Mounce observa correctamente que "los intentos de reducir esta expresión a cifras aritméticas precisas no acierta en el punto. Estas veintenas de millares de millares es un número de gran inmensidad."⁸ El término significa simplemente muchos miles, e indica una vasta hueste que debe ser considerada en conexión con el ejército angélico del Señor de miles y miles de carruajes.

17-19 Evitando las deslumbrantes especulaciones tecnológicas adelantadas por algunos comentaristas, diremos simplemente que, aunque el *número* del ejército tiene el propósito de recordarnos al ejército de Dios, las *características* de los caballos - el fuego y el humo y el azufre que salen de sus bocas - nos recuerdan al dragón, al leviatán que escupe fuego (Job 41:18-21). "El propósito es que el cuadro sea inconcebible, horripilante, y hasta repugnante. Porque estas criaturas no son de la tierra. El fuego y el azufre pertenecen al infierno (19:20; 21:8), de la misma manera que el humo es característico del abismo (9:2). Sólo los monstruos de abajo arrojan tales cosas".⁹ Así, para resumir la idea: Un innumerable ejército avanza sobre Jerusalén desde el Eufrates, el origen de los tradicionales enemigos de Israel; es una fuerza feroz, hostil, demoníaca, enviada por Dios en respuesta a las oraciones de su pueblo pidiendo venganza. Resumiendo, este ejército

es el cumplimiento de todas las amonestaciones de la ley y de una horda vengadora sería enviada para castigar a los quebrantadores del pacto. Los horrores descritos en Deuteronomio 28 habrían de ser visitados sobre esta generación perversa (véanse especialmente los versículos 49-68). Moisés había declarado: *Enloquecerás a causa de lo que verás con tus ojos* (Deut. 28:34).

Como en realidad sucedió en la historia, la rebelión judía en reacción a la "plaga de langostas" de Gesio Floro durante el verano del año 66 provocó la invasión de Palestina por Cestio en el otoño, con gran número de tropas a caballo procedentes de las regiones cercanas al Eufrates ¹⁰ (aunque el punto principal de la referencia de Juan es el significado simbólico del río en la historia y la profecía bíblicas). Después de devastar el país, sus fuerzas llegaron a las puertas de Jerusalén en el mes de Tisri - el mes que comienza con el Día de las Trompetas. El ejército rodeó la ciudad: "Por cinco días, los romanos hostigaron a los judíos con sus ataques por todos lados, pero no lograron ningún progreso; en el sexto día, Cestio dirigió una gran fuerza de hombres escogidos, junto con los arqueros, para asaltar el lado norte del templo. Desde el techo del pórtico, los judíos resistieron el ataque, y repetidamente repelieron a los que habían alcanzado el muro, pero, finalmente, abrumados por una lluvia de flechas, los defensores cedieron. Los romanos de la primera fila afirmaron sus escudos contra el muro, y sobre ellos apoyaron los suyos los de la segunda fila, y así sucesivamente, hasta que formaron una cubierta protectora conocida como 'la tortuga', contra la cual los proyectiles se estrellaban y eran desviados sin hacer daño, mientras los soldados socavaban el muro y se preparaban para poner fuego a la puerta de monte del templo".

"Un pánico total se apoderó de los insurgentes, y ahora muchos comenzaron a huir de la ciudad, creyendo que ésta caería en cualquier momento. El pueblo en seguida cobró ánimo nuevamente, y mientras más cedían los fanáticos ¹¹, más cerca avanzaban los primeros para abrir las puertas y recibir a Cestio como benefactor". ¹² Entonces, en el mismo momento en que la victoria completa estaba a su alcance, Cestio, de pronto e inexplicablemente, retiró sus fuerzas. Animados, los judíos persiguieron a los soldados en retirada y los atacaron, infligiéndoles fuertes bajas. Gaalya Cornfeld comenta que "el fracaso de Cestio transformó la revuelta contra Roma en una verdadera guerra. Naturalmente, un éxito tan inesperado y sensacional había fortalecido las manos del partido de la guerra. La mayoría de los oponentes a la revuelta se encontraron en minoría y se inclinaron a aliarse con los fanáticos ganadores, aunque no creían que la victoria fuese posible. Sin embargo, aunque no lo proclamaron abiertamente, creyeron más aconsejable dar la impresión de aprobación por temor a perder el control sobre el pueblo en general. Así, los círculos de los sumos sacerdotes y los moderados, aunque aparentaban ser leales al lado de la paz, decidieron asumir la dirección de la guerra que ahora se consideraba inevitable... El respiro conseguido por los judíos después de la retirada de Cestio de Siria fue aprovechada para organizar una fuerza de defensa nacional". ¹³

20-21 Y, sin embargo, el resto de los hombres, que no fueron muertos por estas plagas, no se arrepintieron... ni dejaron de adorar a los demonios y a los ídolos. Tan completamente se habían entregado los judíos a la apostasía que ni la bondad ni la ira de Dios pudo volverlos de su error. En lugar de eso, como informa Josefo, hasta el mismo fin - después de la hambruna, los asesinatos en masa, el canibalismo, la crucifixión de sus coterráneos a razón de 500 por día - los judíos continuaron acatando las insensatas divagaciones de los falsos profetas que les aseguraban la liberación y la victoria: "Así fue el pueblo miserable seducido por estos charlatanes y falsos mensajeros de Dios, mientras hacían caso omiso y no creían a los inconfundibles presagios que prefiguraban la venidera desolación; pero, aunque estaban atónitos, ciegos, e insensatos, no acataron las claras amonestaciones de Dios". ¹⁴

¿Qué "claras amonestaciones" les había dado Dios? Aparte de la predicación apostólica, que era todo lo que realmente necesitaban (comp. Luc. 16:27-31), Dios había enviado señales y maravillas milagrosas para testificar del juicio venidero; Jesús había advertido que, antes de la caída de Jerusalén, "habrá terror y grandes señales desde el cielo" (Luc. 21:11). Esto fue especialmente cierto durante la temprana de festivales del año 66, como informa Josefo: "Mientras el pueblo se reunía para la fiesta de los panes sin levadura, en el octavo día del mes Xántico [Nisan], a la hora nona de la noche [3:00 A. M.] apareció una luz tan brillante alrededor del altar y el templo que parecía pleno día; y esto duró media hora. Los inexpertos la consideraron como buen augurio, pero fue inmediatamente interpretada por los escribas de la ley de conformidad con los sucesos subsiguientes". ¹⁵

Durante la misma fiesta, otro suceso espantoso tuvo lugar: "La puerta oriental del santuario interior era maciza, de bronce, y tan pesada que apenas podía ser movida cada noche por veinte hombres; estaba sujeta por barras de hierro y asegurada con pernos hundidos muy profundamente en un umbral fabricado de un solo bloque de piedra; y sin embargo, se vio que esta puerta se abrió por sí sola a la hora sexta de la noche [medianoche]. Los guardas del templo corrieron e informaron de la nueva al capitán. Éste llegó, y entre todos, con gran esfuerzo, lograron cerrarla. ¹⁶ Para los no iniciados, esto parecía ser el mejor de los augurios, pues supusieron que Dios les había abierto la puerta de la felicidad. Pero la gente más sabia se dio cuenta de que la seguridad del templo se estaba derrumbando de por sí, y que la apertura de las puertas era un regalo para el enemigo; en sus propias mentes, interpretaron esto como presagio de la venidera desolación". ¹⁷ (Dicho sea de paso, un incidente similar ocurrió en el año 30 d. C., cuando Cristo fue crucificado y el velo exterior del templo - ¡de 24 pies de ancho y de más de 80 pies de alto! - se rasgó de arriba abajo [Mat. 27:50-54; Mar. 15:37-39; Luc. 23:44-47]: El Talmud registra que en el año 30 d. C. las puertas del templo se abrieron solas, aparentemente porque el dintel, una piedra que pesaba como 30 toneladas, se partió). ¹⁸

A los que no podían asistir a la fiesta de Pascua regular se les requería celebrarla un mes más tarde (Núm. 9:9-13). Josefo informa de una tercera y gran maravilla que ocurrió al final de esta segunda pascua en el año 66: "Se vio una aparición sobrenatural, demasiado asombrosa para ser creída. Imagino que lo que ahora voy a relatar será desestimado como imaginario, si no hubiese sido confirmado por testigos, y luego seguido por subsiguientes desastres que merecían así ser señalizados. Pues antes de la puesta de sol, se vieron carruajes en el aire por todo el país, así como batallones armados moviéndose velozmente a través de las nubes y rodeando las ciudades". ¹⁹

Una cuarta señal ocurrió dentro del templo el siguiente gran día de la fiesta, y de ella fueron testigos los veinticuatro sacerdotes que estaban de guardia: "En una fiesta llamada Pentecostés, cuando los sacerdotes habían entrado en los atrios interiores del templo de noche para llevar a cabo los deberes de su ministerio como de costumbre, declararon que habían oído, primero, una violenta conmoción y un estruendo, luego una voz como la de una multitud, que exclamaba: '¡Nos vamos de aquí!'" ²⁰

Hubo una quinta señal en los cielos ese año: "Una estrella que parecía una espada se paró sobre la ciudad, así como un cometa que permaneció un año entero". ²¹ Era obvio, como dice Josefo, que Jerusalén "ya no era la morada de Dios". ²² Apelando, cuatro años más tarde, a los judíos revolucionarios para que se rindieran, declaró: "Creo que la Deidad ha huído de los santos lugares, y ahora se ha puesto del lado de aquéllos con los cuales vosotros estáis en guerra. ¿Por qué, cuando un hombre honorable huye de un hogar libertino, y aborrece

a sus habitantes, creéis vosotros que Dios todavía permanece con esa casa en su iniquidad - Dios, que ve toda cosa oculta y oye lo que está envuelto en el silencio?"²³ Y, sin embargo, Israel no se arrepintió de su iniquidad. Ciego a sus propios males y a los crecientes juicios que venían sobre él, Israel permaneció firme en su apostasía, y continuó rechazando al Señor y en su lugar adhiriéndose a sus falsos dioses.

¿Adoraban realmente los judíos a demonios y a ídolos? Ya hemos notado (véase sobre 2:9 y 3:9) el carácter satánico del judaísmo, que no es la religión del Antiguo Testamento, sino más bien un falso culto, que asegura poseer autorización bíblica (de la misma manera que el mormonismo, la Iglesia de la Unificación, y otras sectas afirman que son bíblicas). Como señala Herbert Schlossberg: "En su significado más amplio, la idolatría se entiende correctamente como cualquier sustitución de lo que es creado por el creador".²⁴ Al rechazar a Jesucristo, los judíos se habían involucrado ineludiblemente en la idolatría; se habían apartado de la fe de Abraham y servían a dioses de su propia hechura. Además, como veremos, la idolatría judía no era ningún "teísmo" vago, indefinible, apóstata. Al abandonar a Cristo, los judíos, en realidad, se convirtieron en adoradores de César.

Josefo da elocuente testimonio de esto, escribiendo repetidamente acerca de la ira de Dios contra la apostasía de la nación judía como la causa de sus infortunios: "Por lo tanto, estos hombres pisoteaban todas las leyes de los hombres y se reían de las leyes de Dios; y en cuanto a los oráculos de los profetas, los ridiculizaban diciendo que eran trucos de juglares; y, sin embargo, estos profetas predecían muchas cosas concernientes a las recompensas de la virtud y los castigos del vicio, las cuales, cuando estos fanáticos las violaban, ocasionaban el cumplimiento de las mismas profecías que pertenecían a su propio país".²⁵

"Ni sufrió jamás ciudad alguna tales miserias, ni engendró jamás edad alguna una generación más fructífera en maldad que ésta, desde el principio del mundo".²⁶

"Yo supongo que, si los romanos hubiesen tardado más en caer sobre estos villanos, la ciudad habría sido tragada por la tierra que se abría ante ellos, o inundada por agua, o destruída por una tempestad como aquella por la cual pereció Sodoma, porque la ciudad había producido una generación de hombres mucho más ateos que los que sufrieron tales castigos; pues fue por su locura que todo el pueblo vino a ser destruído".²⁷

"Cuando la ciudad fue rodeada y ya no pudieron recoger plantas, algunos fueron llevados a una aflicción tan terrible que buscaban en las cloacas comunes y antiguos montones de estiércol de ganado, y comían el estiércol que encontraban allí; y lo que antes ni siquiera miraban, ahora lo usaban como alimento. Apenas los romanos oyeron esto, se despertó su compasión; pero los rebeldes, que también lo vieron, no se arrepintieron, sino que permitieron que la misma aflicción viniera sobre ellos mismos, pues se volvieron ciegos a la suerte que ya estaba cayendo sobre la ciudad, y sobre ellos mismos también".²⁸

Se dice que los ídolos de Israel son de oro, de plata, de bronce, de piedra, y de madera, una descripción modelo de los materiales usados en la construcción de falsos dioses (comp. Sal. 115:4; 135:15; Isa. 37:19). La Biblia consistentemente ridiculiza los ídolos de los hombres describiéndolos como la obra de sus manos, meros troncos y piedras que ni ven ni oyen ni caminan. Esto es un eco de cómo el salmista se burla de los ídolos de los paganos:

Tienen boca, mas no hablan;
tienen ojos, mas no ven;
orejas tienen, mas no oyen;
tienen narices, mas no huelen;
manos tienen, mas no palpan;
tienen pies, mas no andan;
no hablan con su garganta.

Luego viene el golpe de gracia:

Semejantes a ellos son los que los hacen;
y cualquiera que confía en ellos. (Sal. 115:5-8; comp. 135:16-18).

Schlossberg comenta: "Cuando una civilización se torna idólatra, su pueblo es cambiado profundamente por esa experiencia. En una especie de santificación a la inversa, el idólatra es transformado a la semejanza del objeto de su adoración. Israel 'fue tras la vanidad, y se hizo vano' (Jer. 2:5)".²⁹ Como tronaba el profeta Oseas, los idólatras de Israel "se volvieron tan detestables como aquéllo que amaban" (Oseas 9:10).

La descripción de la idolatría de Israel que hace Juan concuerda con la posición profética usual; pero su acusación es una referencia aún más directa a la condena de *Babilonia* que hace Daniel, especialmente en relación con su culto a dioses falsos usando los utensilios sagrados del Templo. Daniel le dijo al rey Belsasar: "Contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de tí los vasos de su casa, y tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas, bebiste vino en ellos; además de esto, diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste" (Dan. 5:23).

La implicación de Juan es clara: Israel se ha convertido en una Babilonia, cometiendo el sacrilegio de adorar dioses falsos con los tesoros del templo; como Babilonia, ha sido "pesada en balanza, y hallada falta"; como Babilonia, será conquistada y su reino será poseído por los paganos (comp. Dan. 5:25-31).

Finalmente, Juan resume los crímenes de Israel, todos derivados de su idolatría (comp. Rom. 1:18-32): Esto condujo a los asesinatos de Cristo y de los santos (Hech. 2:23, 36; 3:14-15; 4:26; 7:51-52, 58-60); sus hechicerías (Hech. 8:9, 11; 13:6-11; 19:13-15; comp. Apoc. 18:23; 21:8; 22:15); su fornicación, una palabra que Juan usa doce veces con referencia a la apostasía de Israel (2:14; 2:20; 2:21; 9:21; 14:8; 17:2 [dos veces]; 18:9; 19:2); y sus robos, un crimen a menudo asociado en la Biblia con la apostasía y la resultante opresión y persecución de los justos (comp. Isa. 61:8; Jer. 7:9-10; Eze. 22:29; Oseas 4:12; Mar. 11:17; Rom. 2:21; Sant. 5:1-6).

Durante los últimos días, hasta la llegada de los romanos, las trompetas habían sonado, advirtiéndolo a Israel que debía arrepentirse. Pero la alarma no fue acatada, y los judíos se endurecieron en su impenitencia. La retirada de Cestio se interpretó como que las profecías de Jesús sobre la destrucción de Jerusalén eran falsas: Los ejércitos del Eufrates habían venido y rodeado a Jerusalén (comp. Luc. 21:20), pero la amenazadora "desolación" no había ocurrido. En vez de eso, los romanos habían huído, arrastrando la cola entre las piernas. Más y más confiados en la bendición divina, los judíos se sumergieron temerariamente en mayores actos de rebelión, sin darse cuenta de que fuerzas aún mayores, desde el otro lado del Eufrates, estaban siendo aprestadas para la batalla. Esta vez no habría retirada. Judea se convertiría en desierto, los israelitas serían masacrados y esclavizados, y el templo sería arrasado hasta el suelo, sin que quedara piedra sobre piedra.

Notas:

1. Flavius Josephus, *The Jewish War*, ii.xiv.9-xix.9
2. La palabra hebrea en estos textos se traduce generalmente como *enjaezado, armado, o en arreos marciales*, pero la traducción literal es simplemente *cinco de un rango* (esto es, cinco pelotones de diez hombres en cada pelotón). Véase, de James B. Jordan, *The Law of the Covenant: An Exposition of Exodus 21-23* (Tyler, TX: Institute for Christian Economics, 1984), pp. 264s.; idem, *Judges: God's War Against Humanism* (Tyler, TX: Geneva Ministries, 1985), p. 17.
3. Flavius Josephus, *The Jewish War*, iv.ix,10.
4. Para una discusión extensa de la gramática de Juan, con atención particular al estilo hebreo, véase, de R. H. Charles, *A Critical and Exegetical Commentary on the Revelation of St. John*, 2 vols. (Edinburgh: T. & T. Clark, 1920), Vol. 1, pp. cxvii-clix. El resumen de Charles en cuanto a la razón del estilo único de Juan es que "aunque escribe en griego, piensa en hebreo" (p. cxliii).
5. Gordon J. Wenham, *The Book of Leviticus* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Co., 1979), p. 96.
6. G. B. Caird, p. 122.
7. Véase, de David Chilton, *Paradise Restored: A Biblical Theology of Dominion* (Ft. Worth, TX: Dominion Press, 1985), pp. 29s.
8. Robert H. Mounce, *The Book of Revelation* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Co., 1977), p. 201.
9. G. R. Beasley-Murray, *The Book of Revelation* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Co., [1974] 1981), pp. 165s.
10. Véase de Josephus, *The Jewish War*, ii.xviii.9-xix.7; comp. Massyngeberde Ford, *Revelation: Introduction, Translation, Commentary* (Garden City, NY: Doubleday and Co., 1975), p. 154.
11. Los zelotes, que retenían el control de la ciudad desafiando a Roma y contra los deseos de los más prósperos y pacifistas de entre los judíos.
12. Josephus, *The Jewish War*, ii.xix.5-6.
13. Gaalya Cornfeld, cd., Josephus, *The Jewish War* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1982), p. 201.
14. Josephus, *The Jewish War*, vi.v.3.
15. Ibid.
16. Presumiblemente con la ayuda de los doscientos guardas de las puertas, que estaban de guardia en ese momento.
17. Josephus, vi.v.3.
18. *Yoma 39b*; comp Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah*, 2 vols. (McLean, VA: MacDonald Publishing Co., n.d.), Vol. 2, pp. 610s; Ernest L. Martin, *The Place of Christ's Crucifixion* (Pasadena: Foundation for Biblical Research, 1984), pp. 9-14.
19. Josephus, *The Jewish War*, vi.v.3.
20. Ibid.; comp. el resumen de estos eventos por el historiador romano Tácito: "Apareció en el cielo una visión de ejércitos en conflicto, con relucientes armaduras. Un súbito relámpago desde las nubes iluminó el templo. Las puertas del lugar santo se abrieron de repente, se oyó una voz sobrehumana declarar que los dioses lo estaban abandonando, y en el mismo instante sobrevino el precipitado tumulto de su partida" (Histories, v. 13).
21. Ibid.
22. Ibid., v.i.3.
23. Ibid., v.ix.4; comp. la discusión de estos y otros sucesos relacionados con los Últimos Días en la obra de Ernest L. Martin, *The Original Bible Restored* (Pasadena: Fountain for Biblical Research, 1984), pp. 154-160.
24. Herbert Schlossberg, *Idols for Destruction: Christian Faith and Its Confrontation with American Society* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1983), p. 6.
25. Josephus, *The Jewish War*, iv.vi.3.
26. Ibid., v.x.5.
27. Ibid., v.xiii.6.
28. Ibid., v.xiii.7

[De vuelta arriba](#)

[Prólogo](#)[Prefacio del autor](#)[Prefacio del editor](#)[Introducción](#)[Preámbulo](#)[Prólogo histórico](#)
[Estip. Éticas](#)[Sanciones](#)[Sucesión](#)[Conclusión](#)[Apéndice A](#)[Apéndice B](#)[Apéndice C](#)

[1](#)[2](#)[3](#)[4](#)[5](#)[6](#)[7](#)[8](#)[9](#)[10](#)[11](#)[12](#)[13](#)[14](#)[15](#)[16](#)[17](#)[18](#)[19](#)[20](#)[21](#)[22](#)

[Index](#)